¡Firmes y decididos a resistir victoriosamente!

El materialismo y la igualdad

de Morales Guzmán

El mundo gravita sobre el hambre. Las maquinarias humanas de las fábricas, los talleres, los campos y las que bajo la tierra trabajan, claman por una mejor administración de los combustibles que ellos con sus esfuerzos hacen producir en las fábricas, construyen en los talleres, recogen en los campos y arrancan de las minas.

Sus miradas son llamadas a la igualdad. Sus gargantas roncas se quedan. Con bríos desafían a la muerte. Son máquinas que producen mucho más que lo que necesitan. Y son los que menos tienen y los que menos comen. Trabajan para los que se convierten en fuerzas dominadoras, en materialistas ofensivos. Y sus ofensivas ofenden a la igualdad y a la libertad económica. Máquinas paradas, máquinas que todos los días comen sin llegar a producir.

La igualdad no se impone con el rigor de las leyes. La igualdad es un efecto a la vida de los demás: es el mutuo reparto de los alimentos y el apoyo voluntario a los que sin gratificaciones se quedan sin brazos en las fábricas y talleres, sin puñones en los campos y sin vidas en las entrañas de la tierra.

Falta valor para implantar entre los amigos, entre los hombres, la igualdad económica. Mientras unos en una comida tienen tres platos variados, otros tienen un solo plato, poco y conseguido con mil recomendaciones. Esta no es la igualdad económica que tanto han propagado las ideas; es el materialismo circunstancial.

Y ante este materialismo lleno de conceptos burgueses, hemos de salir al paso los hombres que todavía llevamos alpargatas y blusa; los que llevamos muchos meses cediendo voluntariamente nuestro pan a los niños y ancianos; los que todavía no hemos claudicado de los principios solidarios e igualitarios que sustentan nuestras ideas.

Habrá quien nos tache de seres infantiles y de monjes de las ideas; pero cara a cara retamos en la Prensa, en la tribuna y en las asambleas a los que en la realidad de la vida lleran por tósica la materialidad, como desigualdad económica entre sus amigos y hermanos de clase.

Nuestros cerebros caen rendidos de pensar la carencia de sentimientos que existe entre lobos u hombres, entre vacilantes y caducas piezas humanas. Y no se puede hablar de igualdad donde no se practica. Y no se puede hablar de ideas donde no existe la igualdad. Porque el hombre sin ideas es una nave que cruza los mares con rumbo desconocido, hasta embarrancar en las arenas de la materialidad.

Por muchas vueltas que le demos a este fatal accidente de la vida, sus antecedentes son siempre los mismos. Son los efectos de las causas que aun subsisten y que no desaparecerán mientras los principales factores de la sociedad capitalista se mantengan en pie. Habrá sentimientos materialistas mientras la propiedad sea un estímulo para los infernos de actos sublimes y los carentes de ideas generosas.

Y no habrá paz entre los hombres. Y no podrán hablar entre las multitudes quienes no reconozcan la igualdad como el más elemental derecho a la vida. Y los púlpitos volverán a caer por tierra hechos añicos. Y la Biblia Social hará un capítulo en una sola palabra: IGUALDAD.

Hay que dejar un precedente en esta historia que entre todos la estamos escribiendo. Frente a nosotros tenemos montañas de hermanos nuestros convertidos en cadáveres. Junto a nosotros sentimos niños de tiernas manecitas que lloran porque no tienen padres. No muy lejos de nuestros hogares existen muchos ancianos con sus cabellos blancos y con sus cuerpos encorvados. Y en todos los hogares hay dolor.

No es posible resistir por más tiempo los zarpazos del materialismo frente a la igualdad de las ideas. No podemos mantenernos callados. Nuestros sentimientos pueden más que todos juntos. Nuestra nobleza pide combate. Y antes que el materialismo hunda a la igualdad y a las ideas, empuñaremos nuestra lanza, con la frente alta, e iremos al combate. Mañana sería demasiado tarde...

LA TRAGEDIA ISRAELITA

UN PUEBLO SIN TIERRA NI LIBERTAD

Por Gonzalo de Reparaz

I

TIERRA Y LIBERTAD me parece el periódico más adecuado para estudiar el caso insólito de un pueblo sin libertad y sin tierra, seguro, además, de que libertad para exponerlo y explicarlo no ha de faltarme a mí, e impelido por el escándalo que el martirio de ese pueblo está dando al Mundo. Por eso inauguro mi colaboración en el periódico por una serie de artículos a la que el presente sirve de introducción.

Dicho lo cual se acabó el preámbulo y entro en materia.

II

El pueblo hebreo surge errante en la Historia. No se sabe que por entonces hubiera cometido ningún tremendo pecado que le fuera castigado negándole Dios domicilio geográfico. Faltaban dos mil años para la perpetración del delicidio que le imputan los cristianos. Peregrinaban en demanda de pasto los israelitas para su ganado cual tantos otros núcleos semitas de la misma vasta comarca que se extiende del golfo Pérsico al mar Rojo y al Mediterráneo, y de allí a las montañas de Armenia. La Geografía determina su género de vida dándoles agua escasa, lo que les obligaba a buscarla. Dábales también un cielo azul brillantemente estrellado, lo que les inclinaba a la contemplación de las maravillas supraterrestres. Asia tuvieron sed de agua y sed espiritual, lo que explica al mismo tiempo su nomadismo y su misticismo. Y que hay enlace entre ambos géneros de sed nos lo declara el hecho significativo de que en ese espacio de la Tierra hayan nacido las tres religiones que han dado vida a las civilizaciones occidentales, las que se han extendido luego por todo el Planeta: Judaísmo, Cristianismo y Mahometismo. Las tres son producto de la misma raza: la semita. A la persecución que sufren hoy los judíos se la llama antisemitismo, porque a los motivos religiosos (la acusación de deicida) ha seguido el racial (el delito de corruptora de la raza superior) llamada aria.

Como sobre esto de las razas se disparata abundante y gravemente, conviene que nos detengamos un momento en el punto.

La Humanidad no es un género dividido en especies bien determinadas y casi fijas, sino una sola especie dividida en variedades en perpetua evolución, en la cual el único elemento conservador de la esencia racial es la herencia. Pero sobre ella actúan, alternándola perpetuamente, los contactos (con las consiguientes mezclas), el clima, la alimentación, el modo de vida y otras mil causas. Razas puras no hay. Civilización de una sola raza tampoco. Todas las civilizaciones son resultado de injertos étnicos. Por tanto, cuando Hitler (y ahora Mussolini, su aliado y discípulo) hablan de raza aria y de raza judía como de entidades colectivas persistentes y tangibles, desbarran, y nos dan risa a los que estamos algo al corriente de las ciencias Antropología y Etnografía, que son las que de eso tratan y a las que, según se advierte, ellos ho han tratado nunca. Por eso ignoran esta verdad proclamada hace bastantes años en Alemania por una alta autoridad científica: «La ciencia moderna en manera alguna autoriza la creencia de que las ra-

(Pasa a la página 4)

CARTAS A UN AMIGO

de ATALA

A ti, amigo, amigo aunque ignorado, voy a dirigir unas cartas en las que escribiré lo que tengo necesidad de decir, lo que no puedo retener en mí so pena de que, poco a poco, se esfumen y que, tarde o temprano, desaparezcan, no dejando más que las huellas, apenas perceptibles, de un recuerdo vago, casi vaporoso.

Y te las dirijo a ti, porque tú eres amigo mío, aunque quizá sin saberlo. Pero ya lo sabrás a medida que vayas leyendo mis cartas, a tenor que vayas desgranando, como cuentas de un rosario espiritual, las ideas por mí y para ti escritas. Si mis ideas son por ti comprendidas, si hay algo tuyo que vibra al leer las vibraciones que mi espíritu me ha dictado, ya no dudarás de que hay entre nosotros salgos de común. En esta comunión avanzaremos por los diversos caminos que conducen a los problemas humanos y por los que mi mente tiene urgencia de pasear y de expresar lo que en ellos ve.

... ...

Conocí en cierta ocasión a un buscador de tesoros, y no de los que se guardan en arcas cerradas con siete llaves, sino de los que se conservan en uno mismo y de los que enriquecen el conocimiento y, por ende, la vida del propio buscador.

Tenía cierta intimidad conmigo —comunión espiritual— y me confiaba muchas veces sus hallazgos. ¡Con qué atención le escuchaba siempre! En cierta ocasión, hallándonos sentados de cara al campo y al sol, con la mirada a lo lejos, como queriendo abarcar el infinito horizonte, hablóme de esta suerte:

«En cada ser humano hay una lucha interna entre la dignidad —autoconcepto de lo que uno debe ser por las facultades de las que tiene conciencia— y la apatía o indolencia a obrar. Así, la actuación de un individuo es determinada por el grado de su dignidad y por la potencia de su apatía. Cuando la primera sale victoriosa sobre la segunda en la lucha perennemente entablada, el ser se siente feliz, irradia satisfacción, esparce por doquier un aire de optimismo, de confianza, que se contagia a todos los que le rodean. En cambio, cuando es la apatía la que sale triunfante en la lucha, se enseñorea del individuo en cuestión un decaimiento, un pesimismo, una modorra tales que le hacen sentirse desgraciado, y en su lasitud, en su quietud, en su entumecimiento general, todo lo ve de colores obscuros que repelen la atención.

Como consecuencia de todo esto, y por la tendencia de los seres vivos a la felicidad, los humanos somos activos, obramos, actuamos, nos desarrollamos. Apenas llegamos a un grado de desarrollo, ya adquirimos otro, y si nuestra dignidad es lo suficientemente sensible, nos impele a alcanzarlo. El placer que sentimos al lograr lo que nuestra dignidad nos propone es la verdadera palanca del progreso humano.

Ocurriendo esto así, matemáticamente pueden establecerse los siguientes postulados:

1.º El progreso social está en razón directa del grado de dignidad de los hombres que componen la sociedad, o sea, que a mayor dignidad corresponde mayor progreso, y viceversa, a menor dignidad, menor progreso.

2.º El progreso está en razón inversa de la apatía de los seres que la sociedad constituyen, o sea, que a mayor apatía menor progreso, y viceversa también, a menor apatía mayor progreso.

Con claridad meridiana se deduce, pues, hacia dónde deben converger los esfuerzos de los que tienen, como norte común de su ideal, síntesis de su dignidad, el mejoramiento colectivo.

... ...

Recibe cordiales saludos de este tu nuevo amigo, que lo es

ATALA

LA EXPOSICION DE LA 26 DIVISION

Ya hemos tenido la satisfacción de registrar en nuestras páginas la grata nueva de una exposición biográfica organizada por los compañeros combatientes de la 26 División.

En esta ocasión no podemos ocultar el éxito alcanzado por la misma, sin parangón en nuestro Ejército y que repetimos en ningún ejército del mundo.

Impresiona poderosamente la continuidad, histórica ya hoy y épica, legendaria mañana, en la lucha colectiva del proletariado, amoldándose sucesivamente a formas distintas de combate. La fotografía conserva con emocionante fidelidad las horas gloriosas de los primeros días, cuando Barcelona vibraba al impulso de la F. A. I.-C. N. T. (cuando F. A. I.-C. N. T. llenaban las casas y las calles de la ciudad). Después, la marcha fantástica hacia Aragón, las milicias, las carreras de aquellos cosmos rebosantes de proletarios enardecidos. Y un hombre, Durruti, que resumía el heroísmo y el ideal de sus valientes.

Y con Durruti, los innumerables luchadores lanzados al asalto y abatidos, los milicianos, soldados y «jefes» que cubrieron con el color de sus hazañas las tierras de Cataluña, Aragón y Madrid.

Después la obra colectiva, escuelas, periódicos murales y trofeos arrancados al enemigo y conservados como preciada presa. El genio de la raza, desbordante en las empresas de rango individual, resplandeciendo en la acción mancomunada.

Barcelona toda ha desfilado por la exposición. El hombre de la calle, de la fábrica, del tajo de labor y de combate, oprime en lo más íntimo de su ser un sentimiento: la nostalgia de aquellos días.

Y aquí actualiza (dolorosamente) aquellas sensaciones imborrables.

El luchador obrero, aquel que impulsado por el espíritu de Julio se agigantó en las barricadas ciudadanas creyendo extirpar definitivamente las miserias sociales, hoy, frente a los estandes emocionantes de la Exposición, se encuentra a sí mismo.

El cotejo de la realidad actual con la de esos días es amargo, pero provechoso.

Y he aquí la trascendencia de la exposición realizada por la ex División Durruti.

El antisemitismo es eficaz ingrediente en el tóxico del patriotismo nazi. Las matanzas de judíos de hoy continúan con implacable lógica las matanzas de revolucionarios de ayer

"AMANECER"

Organo del Movimiento Libertario de la Barriada de Pueblo Nuevo

Pueblo Nuevo es una barriada eminentemente proletaria y anarquista. Aquí, en las columnas obreras de la periferia, ha de buscarse el nervio y la explicación de la epopeya popular; no en el centro, henchido de enchufismo, prostitución y vagancia estereotipada de los cafés de lujo.

Y Pueblo Nuevo, así como posee su fisonomía popular inconfundible, campea con caracteres propios en el seno del movimiento libertario. Como expresión de su posición avanzada (o, si se quiere, simplemente revolucionaria y derotas), aparece «Amanecer», periódico de lucha, orientación y doctrina.

Cumple, ¿hay que decirlo?, una misión señaladísima en los actuales momentos. Momentos en que hay que aferrarse tenaz, desesperadamente, al timón de nuestros principios, tácticas, moral y soluciones constructivas para abrirse paso y clavar sólidamente su airón de luz en el suelo de Iberia. De hace tiempo el movimiento libertario ha echado hondas raíces en España; de hace tiempo es entraña y polpejea de un gran pueblo; su aliento poderoso ha vivificado las creaciones proletarias, volteando muñecos y derribando obstáculos.

Pero el movimiento libertario ha tenido que enfrentarse y se desenvuelve entre un cúmulo ingente de acontecimientos, fuerzas e intereses que azotan a España como un ciclón.

La guerra misma, fenómeno de trascendencia eminentemente autoritaria, ha llevado la confusión a muchos cerebros. Normas de actuación extrañas a la ejecutoria anarquista pudieron así abrirse paso y prosperar en nuestros medios.

De manera que contra todas las desviaciones, contra el confusionismo y la adopción de procedimientos extraños al anarquismo, han de luchar los compañeros que reafirman los inconfundibles postulados libertarios. «Amanecer» desempeña esta función y la cumple honrosamente.

Hay, sí, fallos en la forma y un tanto de infantilismo desliztado al correr de algunas líneas; pero el concepto, el fondo que graba recientemente una posición militante, alienta un anhelo generoso de superación práctica y reafirmación teórica.

Vaya nuestro saludo fraternal a «Amanecer».

APROVECHAMIENTO MAXIMO DE TODOS LOS RECURSOS. ACTUACION IMPLACABLE CONTRA EL ESPIONAJE Y SUS AUXILIARES, DERROTISTAS, BULISTAS Y ESPECULADORES

VOLUNTAD LEAL E INQUEBRANTABLE DE RESISTIR VICTORIOSAMENTE

ACCION MULTIPLE Y ABNEGADA DE LOS LIBERTARIOS

DE CARA AL TAJO DE LABOR, APOYANDO EFICAZMENTE AL FRENTE, LUCHANDO INCANSABLEMENTE EN FAVOR DE LA POBLACION SUFRIDA Y LABORIOSA

DE «MADRID ROJO Y NEGRO»

UMBRAL

No resistimos a la tentación de brindar a nuestros lectores el magnífico «Umbral» que embellece «Madrid rojo y negro», el notable libro de nuestro compañero y colega Eduardo de Guzmán, editado en Madrid por las «Publicaciones Frente Libertario» y reeditado en Barcelona por la Editorial Tierra y Libertad (ETYL).

Da la grata coincidencia de que autor y prologuista son luchadores en el campo del periodismo después de serlo en los de fuego antifascista, dirigiendo, respectivamente, «CNT» y «Castilla Libre», los briosos voceros del anarquismo matritense.

¡Así todas las ediciones de la sección de Propaganda del Comité de Defensa Nacional Confederal del Centro, se hacen bajo una bandera de batalla; son instrumentos de lucha de la Revolución, en manos del Movimiento Libertario. Esgrimiéndolos, combate contra el prurito dictatorial, contra el partidismo exacerbado, contra la negligencia, contra el inmiismamiento, contra la desmoralización y la inmoralidad, contra los organismos caducos y los vicios en estado, contra la calumnia, contra la rivalidad impropia de los días de guerra, contra los privilegios y, en fin, contra cuanto repugna, no únicamente al ideario anarquista, sino también, y aun principalmente, a la robusta hombría de bien de los trabajadores revolucionarios.

Esas ediciones, además, son gratuitas, para ejemplo y escándalo a la vez de quienes dieron en la manía de suponer que es una sredención a metálico lo que al proletariado le interesa, le pone en precio hasta el aliento y satisfechos se sienten cuando el Consejo de Empresa a que pertenecen puede jactarse de tener en caja dos millones de pesetas...

«Frente Libertario», el periódico que desde antes de noviembre del 36 viene editando esa sección de propaganda, es gratuito, aun en contra de algunos imprecisos requerimientos oficiales u oficiosos; gratuitas han sido o son todavía las revistas que ha destinado al entretenimiento provechoso de los combatientes; gratuitos también los libros que, por centenares, envía a las brigadas y divisiones de más confederal; gratuita la propaganda de «Mujeres» de C.N.T., de Antonio Agrasar, y los dos tomos de las «Milicias» proletarias, y esta obra densa y ágil, pletórica de vida, de Eduardo de Guzmán.

«Madrid, rojo y negro»... ¡qué elocuencia tiene el título! El Madrid de todos los días, aunque en él se percibe el latido poderoso del Movimiento Libertario, no es rojo y negro. Hay en su prensa muchas notas oficiales, y acaso más indicios de la actuación de la censura; en sus muros, muchos carteles, verdes y emocionados algunos, muy pocos, y embusteros y fríos los demás; en los amplios balconajes, banderas tricolores; en la calle, acaso la bullanga de los mítines relámpagos de los comunistas, que casi siempre originan lluvia; queridas de «parvenus», cuyo perro de lujo come mejor que la familia colocada entre la pared de la cartilla de abastecimiento y la espada del Tribunal de Subsistencias; parejas que dedican al amor las preocupaciones que niegan a la guerra; automóviles ocupados por los magnates del papeleo y los caciques de la estampilla, vistan o no vistan de uniforme; grandes carteras de cuero de los que viven de hacer que hacen; gafas ahumadas y miradas cautas de quienes temen que alguien les reconozca y les eche mano, ecolas en las que, al las privaciones acibaran el humor y a todo quisque le dan ganas de bronca, la debilidad consigue que las riñas no adquieran trágico tono y que no llegue la sangre al río...

Este, en general, es hoy, a primera vista y en lo externo, el Madrid del «Hamos, andaje del «¡A mí, niñ, niñ, del «¡que te creer tú coño!; el Madrid que no da importancia al cañoneo que sufre, que hace de tripas flojas corazón robusto, que ni el mismo se explica cómo vive, que abre surtidores en su fondo pícaro cuando dice: «¡Mucho cuento!...» «¡A mí, maes!...» «¡Y un jamón!...» o cualquiera otra expresión de suspicacia, suficiencia, soma o natucia.

Ese Madrid del peligro cercano, pero quieto; que, detrás de sus barricadas da la impresión de haber pactado una tregua con el enemigo, le disgusta a uno o le agrada, le entusiasma o le deprime, según el humor con que se eche a la calle. Pero ese Madrid, el de todos los días, se transforma de vez en vez cuando menos se espera; su corazón multitudinario toca a rebato, se aviva su gesto, se contraen sus músculos y adquiere el indiscriptible estado nervioso de la epopeya. Algo sabemos de esto quienes hemos vivido intensamente, con placer y dolor, con todo nuestro ser, los minutos interminables y los días brevísimos de julio y de noviembre...

Cuando la llamada del peligro concita como entonces, hombres dispuestos al sacrificio, Madrid se hace rojo y negro. ¿Sucederá así siempre? No lo sé. Lo indiscutible es que ha sucedido en las dos ocasiones de mayor riesgo para el pueblo. En julio, no sólo las fuerzas patronales enzarzadas con el resto de las clases del privilegio.

Llegó el momento de manifestarse y de probarse a prueba. Se produjo la sublevación fascista, y aunque nadie, absolutamente nadie, nos dió fusiles, Madrid se llenó de nuestros gritos, y en su aire encendido de banderas y de vítores flamearon las banderas rojo y negras, que al darle el aspecto que hemos dicho, le proporcionaban un tono desconocido y le movilizaban para la Historia: Después, la bandera del arrebato anarquista pasó por Alcalá, por Guadalajara, por Toledo, y en los frentes, como llamas, se alzaron ante el enemigo nuestras enseñas de amore y de dolor...

Se abrió más tarde la forja de ánimos heroicos de noviembre, y Madrid, que había ido perdiendo externamente su tono de ciudad rojo y negra, volvió a adquirirlo al sentir en Getafe los cañonazos de las fuerzas que mandaban Varela y Yagüe. El material humano se encendió otra vez, y entonces, la F. A. I., la C. N. T. y las JJ. LL., como si fueran algo salido de la misma entraña de Madrid, levantaron de nuevo en sus calles banderas de triunfo, pendones de muerte. Hacia los Carabancheles, hacia la Casa de Campo, hacia la Ciudad Universitaria pasaban los compañeros en aquella hora en que los buenos no necesitaron llamamiento, porque, como la sangre y los amigos verdaderos, acudían a la herida por impulso propio. Otra vez el rojo y el negro, en marcha hacia el peligro, se llevaban tras sí los corazones, levantaban a su altura los ánimos y amparaban un nacimiento de emociones y de esperanzas.

Pero no fué sólo necesario hacer frente al enemigo; preciso fué también cortar en Tarancón la corriente desmoralizadora de quienes huían de Madrid. Y allí, en Tarancón, estuvo Pepe Villanueva, estuvieron los compañeros que bajaban tuvo Eduardo Val; estuvo Cipriano de la Sierra de Albarracín dispuestos a jugarse la vida en los arrabales madrileños. Ante la cobardía de los tradicionales «bulle-bulles», desinchado el globo de quienes presumían de ser los autores de toda obra buena, a punto de producirse el caos y arrollada en la calle la autoridad —moral y política— que algunos habían abandonado en la huída, nuestro Comité de Defensa, en representación de los libertarios metidos en la lucha, tuvo en sus manos durante algún tiempo la suerte de Madrid.

Y no entonces Durruti. Se combatió de manera indescriptible, con arrogancia insuperable, con desprecio a la vida en particular, privada, por asegurar la continuidad de la colectiva. Y cuando sabemos que entonces nadie nos superó en el sacrificio, cuando podemos probar que supiramos a muchos en abnegación, tenemos noticia de que en el extranjero hay quien atribuye a su exclusivo esfuerzo la defensa de Madrid: de ese Madrid defendido por el genio popular, que puede todo cuanto quiere, que improvisa cuanto necesita y que simultáneamente recuerda, en los tranceos de peligro, los versos de «Ajmafuerte»: «No te sientas esclavo, ni aun esclavo; —no te des por vencido, ni aun vencido», y aquellos otros que el jefe de las fuerzas musulmanas gritó a éstas, al cundir entre ellas el desaliento, en la batalla de San Esteban de Gormaz: «La salida está en vencer, — y en el valor la esperanza».

En el libro de «Contrasalaques», Ramón J. Sender, trasfuga de las ideas y de la literatura, escritor de casa y boca en la plantilla de la burocracia soviética, ha tenido la desvergüenza de ocultar nuestra intervención destacadísima en la defensa de Madrid, y el atrevimiento remunerado de presentar unos personajes «anarquistas» que no son como los libertarios somos en realidad sino como a ese escritor de alquiler le agradaría que fuésemos, para justificar así el no haber podido vivir en nuestro campo, el no haber sabido luchar entre nosotros. La mejor respuesta a «Contrasalaques» es este libro vigoroso y dinámico de Eduardo de Guzmán. Lo que Sender oculta bajo tupidos velos de secta, Eduardo de Guzmán lo pone al descubierto bajo la luz viva y roja de la verdad de nuestra lucha. Lo que el tránsfuga pretende cubrir de lodo, aparece aquí sin escoria, erguido en las horas supremas de muerte y de fama. Entre julio y noviembre, entre los dos momentos culminantes del Madrid actual entre las dos columnas de la epopeya del «Madrid rojo y negro», hace pasar mi compañero de ideal, de trabajo y de lucha toda la acción que nos evoca su título «Milicias confederales».

Es esta una narración suelta de sintaxis, amplia de generosidad, presurosa de estilo; pero apetarda de hechos, apoplética de figuras, encendida de luces heroicas, crepitante de movimiento combativo. Pasan gestos, hombres, acciones de guerra, desvelos, protestas, gritos de dolor, aires de arenga... El escritor no ha podido detenerse en ningún detalle, porque la emoción de uno le empujaba a la del precedente. En el río no se ven las gotas, no es posible contarlas, ni cabe tampoco entretenerse mirando las reacciones que el sol podría poner en una; están todas juntas, pasan sin solución de continuidad, y es el rumor de todas a su total aspecto, lo que nos impresiona. Así ocurre con este libro; por sus páginas pasa, dentro de un cauce impreciso, el turbión de la lucha antifascista en los frentes del Centro.

Suficientes títulos tenía Eduardo de Guzmán para escribir esta obra. Es uno de los primeros periodistas de España, de extraordinarias facultades para el arte difícil y volandero del reportaje. Es un militante de la C.N.T., cuyo diario «Castilla Libre» dirige, y tiene un conocimiento personal y concreto de la acción, y de los hombres que aquí describe o cita. Ha vivido intensamente en Madrid durante toda la campaña, y dentro de sí lleva el dolor de la guerra, no sólo por la repercusión que en su espíritu pueda producir este cataclismo, sino también porque en carne de su carne y en sangre de su sangre la ha sufrido al perder a su hermano, Angel de Guzmán, en el frente de lucha, de cara al enemigo, que en él encontró la codiciada presa de un capitán de las Milicias Confederales.

Seguro estoy de que el libro será bien acogido, como merece, en nuestro movimiento. También tengo la certeza de que en algunas zonas políticas sentará como un tiro. ¡Qué importa! Aquí no se dice sino la verdad, y aquellos a quienes la misma les quite la careta o les desplume el airón de las hazañas falsas, podrán protestar, podrán quejarse, pero jamás rechazarla. No habrá nadie que diga: «¡Eso es mentira!» Y como nadie lo dirá, Eduardo de Guzmán y con él el organismo que edita su libro; con ambos todo el Movimiento Libertario español, dan al mundo y a la Historia un cúmulo de notas exactas acerca de esta epopeya que sentiremos siempre en la sangre quienes hemos tenido el honor de vivirla de cara a la muerte.

J. GARCIA PRADAS

Director de «C. N. T.»

Madrid, 2 de septiembre de 1938.